

Entrevista Antonio Arregui| arzobispo de guayaquil
“Guayaquil genera ambiciones y forcejeos políticos”
Rubén Darío Buitrón

Jorge Zavala Baquerizo dice que la Junta Cívica de Guayaquil no representa a nadie. Pero usted es miembro de ella...

En la Junta Cívica me represento a mí mismo y no sé si los demás ostentan algún tipo de representación especial. A la Junta Cívica hay que darle su raíz histórica, ver qué ha hecho por Guayaquil. Pero cuando entra en lo político, en la lucha por el poder, yo me abstengo de opinar.



Pese a las críticas, ¿seguirá usted en la Junta Cívica?
Sí, ¿por qué no?

Porque dicen que no representa al conjunto de la sociedad guayaquileña...

Esos cuestionamientos mantienen vivas a las instituciones y les obligan a reformar su estructura y sus políticas. Yo he heredado mi presencia en la Junta y no veo ningún motivo especial para desafiarme.

¿Se ejerce la autocritica dentro de la Junta Cívica?

No he participado mucho en las reuniones de la Junta Cívica. La última vez que estuve fue en la renovación de la directiva, pero entiendo que los últimos hechos obligan a una autocritica como única forma de pisar en suelo firme.

¿Existe un ataque premeditado del Gobierno contra Guayaquil?

No sé si es un ataque contra Guayaquil o es un esfuerzo por robustecer el poder político de la Presidencia, pero nuestra ciudad no tendría que sufrir por cualquier tensión que se produzca en el mundo político.

El Presidente dijo que “se acabó la fiesta socialcristiana en Guayaquil”. ¿Cómo interpreta eso?

Es su criterio...

¿Ha habido, en realidad, una fiesta del PSC en Guayaquil?

Ese concepto puede dar la impresión de una farra donde se han estropeado muchas cosas, pero en esta ciudad el 90% de guayaquileños considera que las últimas alcaldías han sido muy positivas para la ciudad.

¿Cómo superar la pugna entre el Presidente y algunos sectores de Guayaquil?

Con el diálogo. No existe otra forma. Lo que importa es el bien del país y, en este caso, el de Guayaquil, su desarrollo, su progreso, su bienestar.

¿Ese alto número de habitantes, es decir de posibles votantes, genera ambiciones políticas?

Exacto. Guayaquil genera ambiciones y forcejeos políticos. Pero los líderes deben cuidarse de malgastar sus energías en una pugna para ver quién pulsea mejor. Los dos sectores tienen que llegar a acuerdos prácticos porque la confrontación lleva a la aniquilación mutua o la destrucción de unos contra otros.

Pero las opiniones de los obispos también pueden generar pugnas. Por ejemplo, cuando ustedes emiten un comunicado a la Asamblea se convierten en actores de la política nacional...

No, porque un actor político busca conquistar o mantener un poder. Nosotros tratamos de formar una conciencia inspirada en valores cristianos. En ese sentido golpeamos la puerta de la conciencia de cada asambleísta.

Hablan de una educación de calidad para todos, luchar contra la pobreza y corrupción, defender la vida. ¿Por qué no exigieron lo mismo a los pasados gobiernos?

Usted está mal informado. Nuestra actitud es siempre la misma. Si revisa las declaraciones de la Conferencia Episcopal durante los últimos veinte años verá que existe coherencia. La Iglesia siempre busca ser fiel a la misión de iluminar con el Evangelio las realidades sociales.

Pero la Iglesia actúa a veces como un poder que quiere influir en los gobiernos y en la sociedad...

El poder es una categoría relativa. El padre de familia es un poder, pero un poder que con amor hace posible un hogar, sus hijos lo siguen no por imposición sino por convicción. Eso es la Iglesia. Nosotros no tenemos cárceles, no imponemos multas, no tenemos policías. Nuestro poder, evangélicamente hablando, es el servicio social para formar una conciencia recta que distinga lo justo de lo injusto.

¿Qué le preocupa al Papa cuando dice que la Asamblea ecuatoriana debe “dar amplias garantías para la libertad de religión”?

Está pensando en que eso es lo único que la Iglesia pide al poder político nacional. No pide una participación, una cuota ni un privilegio, sino un espacio de libertad que permita

a las personas vivir conforme a sus más profundas convicciones.

¿Es una intromisión del Papa en asuntos internos del país?

No. Pero suponemos que en la Asamblea habrá corrientes agnósticas y anticristianas que tienen una concepción diferente de la familia o la moral. A nosotros, desde lo espiritual, nos toca, seamos escuchados o no, levantar la bandera del auténtico humanismo.

Pero, ¿admiten que hubo un modelo inequitativo durante los últimos 30 años y que la mayoría pide cambiarlo?

Sí, pero daría la impresión de que todo es cuestión de fabricar otro modelo, así como se fabrica una muñeca. La economía va más allá de los números, es una dimensión moral profundamente arraigada en las personas.

Pero tiene que ver con la justicia, la democracia, la igualdad de oportunidades...

Cuando un sistema, llámese liberal o socialista, entiende que la meta consiste en tener dinero y que cuanto más dinero se tenga mayor es la felicidad, nosotros no estamos de acuerdo.

¿Es inmoral acumular dinero?

El lucro por sí mismo no es adecuado para la vida. El Estado tiene el deber de canalizar las realidades del mercado hacia el bien común.

¿Estado y empresa privada pueden convivir?

Debe haber equilibrio. Y ese equilibrio demanda sabiduría del gobernante, una manera serena de entender la realidad del país.

Una realidad injusta...

Hay que admitir que nuestra sociedad no ha sabido abrir oportunidades para todos y solamente algunos han podido llegar a niveles de vida acordes con la dignidad humana. Evidentemente eso no está bien. Es preciso que nuestra inteligencia y capacidad de trabajo nos permitan desarrollarnos para que efectivamente el progreso sea de todos. Pero para eso no se necesita cambiar los sistemas, sino crear una sociedad nueva desde la convicción de los seres que la integran.

El sistema neoliberal ha sido parte de esa injusticia...

No lo sé, pero tampoco sé si el Socialismo del Siglo XXI será una solución. No hablemos de ideologías sino de decisiones humanas solidarias.

Usted dice que este momento se requiere sabiduría del Primer Mandatario...

Confío en que llegue a tenerla. Una emoción popular como la que respalda al Presidente

es una magnífica oportunidad para arreglar muchos problemas. Ojalá acierte porque, a la final, contará el resultado de su gestión, más allá de discursos y palabras. Demos tiempo al tiempo. Algunas cosas que hace o dice el Presidente no son agradables y otras parecen mejor orientadas.

¿La jerarquía católica no está conforme con Correa?

No planteamos el problema en esos términos, porque sería alinearse políticamente. En un momento dado, desde nuestra visión, podemos reclamar algo de lo que hace o dice el Presidente. A la semana que asumió le pedimos en forma privada que moderara el lenguaje pero nos dijo que no se sentía culpable de eso, y ahí quedó el punto.

Pero el rol de la Iglesia no es orientar a los mandatarios...

Nuestro rol es velar porque el país no caiga en tensiones sociales y políticas innecesarias. Y en ese sentido tenemos la libertad de señalar al Presidente algunas limitaciones de su acción.

El rol es espiritual y no político...

Cumplimos ese rol. Rezamos todos los días para que el Presidente acierte en sus grandes decisiones y responsabilidades.

Si Correa y la Asamblea cambian radicalmente el país, ¿cuál será la actitud de la jerarquía católica?

Primero, analizar en qué sentido lo cambia.

¿Tienen temor?

No. Lo único que pedimos es que los puntos que planteamos sean considerados, pero apoyaremos a la Asamblea en todo lo que haga por el bien del país.

¿Si aprueba el aborto?

Por supuesto que no. Eso sería inhumano.

Hay varias tesis al respecto...

Mire, la mujer tiene derecho a una solución mejor. El aborto es la segunda víctima que cobra a la propia mujer. Una sociedad que no es capaz de apoyar a una mujer ha endurecido su corazón si apela a la cómoda fórmula de mandarla a un cirujano.

Es fácil decirlo cuando no se vive personalmente ese drama...

Entiendo que es un problema difícil, pero no debe resolverse de manera inhumana.

¿Qué hacer, por ejemplo?

Estamos empezando en Guayaquil una obra en favor de esas mujeres y gracias a eso hemos evitado decenas de abortos.

¿Y si la Asamblea aprobara el matrimonio homosexual?

También nos opondremos. Matrimonio viene de madre, matrimonio es dos seres que se unen para traer vida. Matrimonio es fecundidad y esto descalifica a la unión de homosexuales.

Eso puede ser intolerancia...

Entonces que lo llamen de cualquier forma, pero no matrimonio. Que arreglen con alguna fórmula legal el problema de la convivencia, la unión libre, por ejemplo, pero no cabe que se institucionalice con el sacramento matrimonial. No tiene nada que ver lo uno con lo otro.

¿No ha llegado el momento de entender a los otros para construir más justicia y democracia?

Sí, pero no confundamos las cosas. Toda persona de buena conciencia debe estar comprometida con los cambios sociales positivos. Tenemos que ser solidarios con quienes tienen menos, luchar por la dignidad de las personas. Debemos cerrar las heridas sociales más graves como el desempleo, la discriminación, la marginación racial, etc.

Pero sus posiciones sobre el aborto o el homosexualismo terminan siendo políticas... Es solo nuestro interés por el bien común lo que nos lleva a analizar la realidad nacional. No tenemos ambición política.

Ficha

Nombres y apellidos

Antonio Arregui Yarza.

Nacionalidad:

Nació en Oña, España, en 1939. Llegó a nuestro país para fortalecer al Opus Dei y se nacionalizó ecuatoriano en 1986.

Estudios: Se ordenó como sacerdote en 1964 y ese mismo año se graduó de abogado en la Universidad de Navarra.

Cargos:

Obispo de Ibarra, vocero de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Arzobispo de Guayaquil desde el 2003